

Apuntes mínimos sobre la Psicología del Libertador

Antonio OSORIO ISAZA

*Conferencia pronunciada por su autor en el Aula Máxima
de la Universidad Católica Boliviana.*



De manera deliberada y consciente voy a alejarme en la exposición del tema que he enunciado, de todo lo que signifique un discurso. Otros, con superiores cualidades y ejecutorias, deleitarán vuestros oídos con las cláusulas armoniosas y la dicción elegante que esa clase de oratoria exige.

Vamos a estudiar al Libertador mediante el método introspectivo, es decir, colocándonos en su lugar, en algunas de las circunstancias que ocurrieron durante la vida del plasmador de nuestra nacionalidad, circunstancias de consecuencias tales que por sí solas nos van a permitir el estudio de unas pocas de las múltiples facetas que constituían la regia personalidad de Don Simón Bolívar.

Bolívar ha sido estudiado por autores de una gran prestancia intelectual bajo muy diversos aspectos: como genio militar de recursos no igualados, en sus claridades oratorias, hasta el punto de que sus proclamas al ejército son tenidas como modelo en su género; y aún en su vida íntima, llegando hasta tildarlo de hipersexual.

Pero tal vez el punto menos estudiado y sin embargo uno de los más notables en la personalidad de Don Simón, es su peculiar y enérgica reacción frente a las adversas circunstancias en que la vida, en diversas ocasiones le colocó. Para hacer con fruto esta excursión sobre

el alma del Libertador, es necesario que pongamos las bases científicas de su estudio.

Simón Bolívar era un equilibrado entre los dos límites extremos de la constitución. De sistema nervioso activo pero controlado por una férrea voluntad, discernía sin los apresuramientos hiperemotivos del simpático-tónico el camino que debía tomar en situaciones imprevistas que el azar de la guerra le ofrecía de continuo. Con reacciones adecuadas al estímulo y sin las lentas, pesadas y tardías manifestaciones anímicas de la vagotonia, pesaba sus actitudes en momentos críticos de su vida de soldado.

Criticos agudos, panegiristas exaltados y biógrafos imparciales, están de acuerdo al reconocer que entre todas las manifestaciones de su psicología de selección, eran la memoria y la tenacidad los atributos que descollaban, cuando a la última se debió indudablemente la independencia de las naciones que milagrosamente brotaron de su espada.

Según el dato más exacto de sus biógrafos, Simón Bolívar tenía un atractivo irresistible; "cuando estaba tranquilo, apacible, lucían la agudeza de su genio y la cara risueña; pero irritado, el temperamento nervioso, bilioso, el carácter impresionable, impaciente e imperioso, dejaban ver otra fisonomía, el semblante oscuro, las líneas de las arrugas más visibles, reducidos los ojos, más salientes los labios.

"De educación caballeresca, de entendimiento extraordinario, de ideas originales y llenas de fuego. Sus modales afables, de buen tono y en la intimidad muy festivo y franco, mudaba de conversación tan pronto como de postura y cuando se enternecía llegaba hasta derramar lágrimas".

"Era de natural inquietud; dotado de prodigiosa memoria, conocía no sólo a todos los oficiales del ejército, sino a todos los empleados y personas notables del país. Era tan leal y caballero, que no permitía que en su presencia se hablase mal de otros. La amistad era para él palabra sagrada. Confiado como nadie, si descubría engaño o falsía, no perdonaba al que de su confianza hubiese abusado. Generoso hasta la prodigalidad, no sólo daba cuanto tenía suyo, sino que se endeudaba para servir a los demás".

No era primitivamente Simón Bolívar el prototipo del caudillo apropiado para servir de eje a un movimiento revolucionario en estas colonias de la Península Ibérica.

Rico, de sangre distinguida, paseó su juventud ruidosa por los salones aristocráticos de la Europa imperial. En París, con sus salones refinadamente sensuales, estrechó relaciones con burgueses aristocráticos que tenían un concepto económico de la existencia. Atacado de la enfermedad del siglo, extendió su juventud por fastuosas capitales, llevando la vida del capitalista criollo que todo placer apura íntegramente cuando abandona las tierras de América.

Pero ocurren a veces circunstancias en la vida de un hombre, que tienen consecuencias insospechadas: la muerte de su joven esposa, hizo del capitalista y mimado señorito el más exaltado conductor de multitudes.

Y el cambio ocurrido en la psicología de Bolívar fue fundamental. Del ocioso paseante en el viejo Continente, al caudillo, trabajador infatigable, que dormía, cuando podía hacerlo, cinco horas, muchas veces a campo raso. Del criollo millonario, al capitán indigente que en circunstancias repetidas, hubo de recurrir a préstamos en ocasiones solemnes de su vida; y del mozalbote libérrimo y dueño absoluto de su albedrío, al militar esclavo de una continenda donde, más que sus planes, era su ejemplo el acicate y norma para conducir un pelotón de seres ignorantes, buena parte de ellos, que ni aún vagamente alcanzaban a comprender los beneficios de la emancipación.

Pero localizándonos más al tema central de esta conferencia, vamos a considerar los estímulos, el ambiente y las relaciones psicológicas del Libertador en cuatro pasajes de su vida, si no los más gloriosos en el momento de su ocurrencia, si los más benéficos para la libertad, dado el terreno temperamental del padre de Colombia.



Después de la ocupación de Bogotá por las fuerzas del Libertador y terminada así la guerra civil de 1815, se dirigió a la Costa con el fin de librar a Santa Marta de las fuerzas realistas que la ocupaban, para

lo cual pidió ayuda al general Manuel del Castillo, Jefe de las fuerza patriotas de Cartagena, ayuda que veladamente se le negó, circunstancia que obligó a Bolívar a atacar a aquella ciudad, sitiándola duramente un mes, sitio que hubo de cesar por la proximidad del español Morillo. Bolívar, sabedor de que los jefes patriotas no querían su presencia en el mando del ejército, hubo de renunciar, abandonando la tierra colombiana el mismo día con dirección a Jamaica. Este hecho abrió una etapa de desgracias para la República.

Consideremos rápidamente cuál debía ser el estado psicológico del Libertador en el momento de abandonar las tierras Neo-granadinas:

1).—Salía solo, sin que lo acompañara uno solo de los subalternos a quienes había llenado de gloria.

2).—Iba en extremo pobre, sin recursos económicos de ninguna naturaleza.

3).—Decepcionado, sin esperanzas, viendo que su obra de años y tan grandes luchas se derrumbaba ante la incomprensión de aquellos para quienes había sacrificado hacienda, libertad y tranquilidad.

4).—Ante la amenaza que para Nueva Granada significaba la proximidad de Morillo, sus subalternos lo consideraban incapaz de la dirección y comando del ejército patriota, dándole el mando a sus inferiores, lo cual significaba conocer la importancia de toda su anterior contienda en su mérito militar.

5).—Al arribar a Jamaica encontrar un ambiente hostil por las calumnias que a su nombre, intenciones y resultado de la revolución americana, habían hecho correr españoles y patriotas.

Consultemos a Posada Gutiérrez:

“La situación de Bolívar en Jamaica era en extremo aflictiva: desprestigiado por los malos resultados de la campaña de Venezuela en 1814, más todavía por los últimos acontecimientos de Cartagena, de los que se le hacía responsable; ofendido por los insultos de sus émulos en libelos calumniosos, en que se le trataba de inepto, cobarde, ya que no de traidor; reducido a pedir prestado para sostenerse; acechada su existencia por el puñal de asalariados asesinos, del que sólo la Providencia Divina lo salvó. Cualquiera otro que no hubiera sido Bolívar, habría

desmayado, cayendo en la desesperación. Los ejércitos realistas triunfantes por todas partes, Venezuela sojuzgada, la Nueva Granada sucumbiendo a pedazos, todo hacia temer, todo persuadía, que la causa de la independencia estaba perdida".

Simón Bolívar, el hombre de alma superior, contesta a esta situación desesperada con uno de los documentos públicos de mayor valor en la historia de la América Hispana, y con su más gloriosa campaña, durante la cual y en el curso de tres años, las escenas de valor, de patriotismo y de abnegación de este hombre prodigioso, no ha alcanzado a contrariarlas la Historia por su repetición continuada.

En la carta de Jamaica, el ofendido contesta con el más elevado perdón; el expulsado manifiesta su voluntad de regresar a continuar la lucha para que los enemigos de su patria gocen de libertad; el calificado de inepto señala el gobierno que ha de convenir en el futuro, a cada una de las naciones de América. Es, psíquicamente, la reacción de generosidad ante el estímulo de persecución. ¡Y autores hay que tildan a Bolívar de egocentrista y megalómano!



Ha terminado la campaña de Venezuela y el expulsado de Nueva Granada, el inepto, el cobarde, el indigno, el incapaz, va en busca de sus detractores para libertarlos.

¡El paso de los Andes! La epopeya más grande de la victoria de Simón Bolívar. Por las faldas escarpadas, sin caminos, sin vituallas, sin equipo, marcha el Padre de la Patria, conduciendo un pelotón de soldados enfermos, harapientos, con ideas pobres, pobrísimas, sobre la Libertad.

Los venezolanos no quieren pelear por la libertad de un suelo ajeno, los granadinos, nacidos en un ambiente de fanatismo, sumisión incontrolada y abulia colectiva, suponen que con la emancipación sólo conseguirán el cambio de ambos déspotas; los militares discuten en presencia de la tropa, pelean, ultrajan los soldados de la facción contraria que marcha a su lado; llaneros que no soportan el frío de los páramos; torrentes desbordados; falta absoluta de caballerías para soldados que tra-

bajosamente se mueven sobre el suelo. En una palabra, las peores condiciones morales y físicas para un ejército que ha de enfrentarse al español Barreiro, que con 1.600 soldados, sanos, fuertes y bien equipados defienden la entrada de Nueva Granada.

¿Y quién hizo el milagro de unir, compactar, estimular ese puñado de hombres que más parecían espectros vengativos que soldados de la más noble causa de la humanidad?

Salta a la vista el papel de atracción que Bolívar ejercía sobre los hombres. Tenía el Libertador dos características psíquicas que raramente se encuentran reunidas: el dominio y la atracción sobre las masas.



Hay un hombre en Pativilca! Recostado a un muro, está palúdico, agotado, envejecido. Dolores reumáticos le impiden todo movimiento: con continuas micciones sanguinolentas, vómitos y cólicos, su resistencia orgánica ha desmenuado hasta el extremo de que acaba de dejar el lecho donde la enfermedad lo tenía postrado.

Pobre, pobrisimo, sus pantalones raídos dejan ver las rodillas prominentes y descarnadas. Un pañuelo atado a la cabeza nos indica los fuertes dolores que le atormentaban.

Oigamos los historiadores de su época:

"Parecía un cadáver", dice Groot.

Y José María Restrepo: "En Pativilca se halló el Libertador en una de las situaciones más críticas de su agitada vida. Como su sensibilidad era extremada, tuvo sucesivamente noticias de acontecimientos que laceraron su corazón causándole disgustos indecibles y poniendo a prueba toda su fuerza de alma".

Y el ambiente donde este hombre actúa es mejor que su situación orgánica? Peor, mil veces peor.

Cómo lo pinta don Joaquín Mosquera?

"Usted recordará que en aquella época aciaga, el ejército peruano, fuerte, de 6.000 hombres a las órdenes de Santa Cruz, se había disipado sin batirse, huyendo de los españoles desde Ocupe al Desaguadero; que el ejército auxiliar de Chile, por celos con nosotros los colombianos

nos había abandonado regresando a su país; que los argentinos entregaron a los españoles los castillos del Callao, y que no habían más fuerzas en el Perú que apoyaran la causa de la independencia, que unos cuatro mil colombianos situados en Cajamarca a Santa, a las órdenes del general Sucre, y como tres mil peruanos que se organizaban y disciplinaban en el Departamento de Trujillo. La fuerza de los españoles en el alto y bajo Perú, ascendía a 22.000 hombres. Los peruanos divididos en partidos políticos y personales, tenían anarquizado el país. Todas estas consideraciones se me presentaron como una falange de males para acabar con la existencia del héroe medio muerto”.

Hagamos composición de lugar.

Un hombre profundamente enfermo, un panorama político desastroso, la evidencia de la inferioridad, el medio hostil y un enemigo potente.

Y cómo reacciona Bolívar ante el estímulo que representa la interrogación de Mosquera:

—¿Y qué piensa hacer usted ahora?

Avivando sus ojos huecos y con tono decidido me contestó:

—¡Triunfar!

En semejantes condiciones y con un tal factor ambiental, una respuesta semejante sólo puede atribuirse a un loco o a un genio.

El alienado no puede prestar fundamentos a su respuesta; es ella un reflejo puro, inconsciente, animal, elaborado casi podríamos decir, por las células cerebrales excitadas. Pero en Bolívar es elaboración consciente, consecuencia lógica de bases que, si bien ciertas, hubiesen sido ahogadas en el vagotónico por el excitante actual de una situación desesperada, o que llevarían en el simpático-tónico a una reacción brutal, suicida, precipitada e inefectiva.

“—Y qué hace usted para triunfar?

“Entonces con un tono sereno y de confianza, me dijo: Tengo todas las órdenes para levantar una fuerte caballería en el Departamento de Trujillo; he mandado fabricar herraduras en Cuenca, en Guayaquil y Trujillo; he ordenado tomar para el servicio todos los caballos buenos del país y he embargado todos los alfalfaes para mantenerlos gordos.

Luégo que recupere mis fuerzas, me iré a Trujillo. Si los españoles bajan por la cordillera a buscarme, infaliblemente los derrotó con la caballería: si no bajan, dentro de los tres meses tendré una fuerza para atacar. Subiré la cordillera y los derrotaré”.

Es el equilibrio, es el genio.



1830.—Un genio vencido por la vida, agoniza en San Pedro Alejandrino! Llega de Bogotá en un estado lamentable. Le ha sido aceptada la renuncia como Jefe del Ejecutivo y el 8 de mayo abandona la ciudad que le recibió con vitores a raíz de la gran Batalla de Boyacá.

El Libertador proyecta viajar directamente a Europa, para lo cual todos sus haberes se reducen a 17.000 pesos, producto de la venta de sus alhajas, caballos y vajilla, y cantidad insignificante para quien en su juventud fue casi un potentado.

¿Y de sus inmesas propiedades de Venezuela, qué le resta a Bolívar? Unas pobres minas en pleito ante el Tribunal de su patria.

El pesado viaje de Bogotá a la Costa Atlántica es motivo de grandes padecimientos. Hace escala en Honda, Mompós, Turbaco y Cartagena, a donde se dirige con la intención de embarcarse para Europa, lo cual no puede llevar a cabo por serias averías en el paquebot inglés, surto en el puerto; en tales circunstancias, espera la salida de la fragata de guerra “Shanon”, de la misma nacionalidad.

Espera feliz que evitó a los colombianos el que el Padre de la Patria muriera en tierra extraña, para baldón y vergüenza de nuestra nacionalidad.

Dos acontecimientos amargaron seriamente durante estos días la vida del Libertador y agravaron aún más su ya delicado estado de salud: la muerte alevosa del Gran Mariscal de Ayacucho y la comunicación del ministro Azuero, su enemigo irreconciliable y constante, por la cual se pedía al Gobierno de Colombia la expulsión de Bolívar del suelo granadino como condición para iniciar conversaciones sobre límites entre las dos naciones.

¡Amargo desengaño para el hombre a quien se debía la libertad; odio que traspasando la frontera, hería al ciudadano más grande que había dado y producirá en todos los siglos Venezuela! Con cuánta razón decía Bolívar: "Es el suceso que me ha afectado más en toda mi vida".

Esa nota de odio, de ingratitud, de perfidia, de venganza, de baja ley que nunca debió haberse escrito y menos aún dejarse conocer de Bolívar en los postreros días de su existencia, cuando se preparaba para salir de Colombia y se iniciaba su viaje a la eternidad, hizo que el héroe cambiara sus planes de manera fundamental, exaltando su sano orgullo. Oigámoslo:

"Tienen ustedes razón, nobles amigos míos: por mi voluntad estaba resuelto a irme; echado, no debo hacerlo, por el honor mismo de Colombia, por el honor de Venezuela. Además, me siento morir, mi plazo se cumple, Dios me llama; tengo que prepararme a darle cuenta y una cuenta muy terrible, como ha sido terrible la aigtación de mi vida, y quiero exhalar mi último suspiro en los brazos de mis antiguos compañeros, rodeado de sacerdotes y cristianos de mi país y con el crucifijo en las manos: no me iré".

De Cartagena siguió el Libertador a Soledad y luégo a Barranquilla, de donde salió el 28 de noviembre para Santa Marta.

Y ¡oh ironías de la vida!, el gran Libertador de los granadinos, se alojó en esta ciudad histórica en casa de un español, don Joaquín Mier y Benítez; fue atendido por un médico extranjero, Alejandro Próspero Reverend, de nacionalidad francesa, quien llamó en consulta al Dr. Nighth, cirujano de una goleta americana.

En San Pedro Alejandrino el Libertador pasó once días. De sus últimos momentos es inútil hablar ante colombianos y más que todo Bolivarianos, que sentimos por el Padre, por el héroe, el más profundo de los cariños.

Pero para completar el cuadro doloroso que apenas esbozamos, es necesario que oigamos algunas frases de los historiadores y tesigos que presenciaron aquel momento histórico.

Bolívar, profundamente abatido pero con sin igual grandeza de alma:

"en toda su penosa enfermedad, decía el médico años después, no se escapó de sus labios un solo acento que manifestase odio, ni siquiera mala voluntad a ninguna de las personas que lo impelían precipitadamente al sepulcro; lo más que dijo con referencia a este particular, y eso en un momento en que tenía una gran fiebre, fue: Vámonos; esta gente ya no nos quiere en su tierra: lleven mi equipaje a bordo".

Ni aun en el delirio de la fiebre se mostró Bolívar el rencoroso, el vengativo.

Después de recibir los auxilios de la Religión Católica, cuyas ideas y prácticas confesaba sinceramente, Simón Bolívar dió su testamento que todos nosotros sabemos y sentimos: "He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono. Sí, al sepulcro. . . . Es lo que me han proporcionado mis conciudadanos. . . . Pero los perdono. ¡Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos!"



Un hecho de importancia para el estudio psíquico de Simón Bolívar en los últimos días de su vida trae en su obra Posada Gutiérrez y que nos es necesario mencionar.

Los enemigos de Bolívar, "sin embargo, miraban su permanencia en Cartagena como una resolución premeditada con proditorias miras, negaban que estuviese enfermo, decían que hipócritamente lo fingía para adormecer a los amigos de la libertad. Y Bolívar apenas podía disputar a la muerte unos pocos días más de amarga vida, cuando esto se suponía".

Los conjurados del 25 de septiembre, que en su mayor parte habían regresado y sus cómplices incógnitos, no respiraban sino venganza".

Los amigos del Libertador, los hombres de orden, que habían servido a la anterior administración. . . . se habían alejado de él o le hacían oposición".

Odio, venganza, calumnia, destierro, lo contesta el Libertador con perdón, una y mil veces repetido. ¡Alma grandiosa, inconmensurable, superior!

Con base en estas cuatro escenas que apenas hemos bosquejado, podemos aplicar el examen introspectivo para descubrir otras manifestaciones psíquicas importantes en el alma de Bolívar.

1).—Ambiente de humillación, pobre, odiado, despreciado, tratado de inepto e incapaz, substituido en el mando por subalternos mil veces inferiores, sale para el extranjero desterrado, solo, con la clara intuición de que la obra iniciada que le costó salud, hacienda y tranquilidad, va a caer en manos del español representado por un militar avezado en las artes de la guerra, con quien lo han considerado sus compatriotas incapaz de medirse.

Reacción lógica, odio a una tierra que desprecia sus servicios y abnegación, abandonado de la lucha, vida cómoda en tierra extraña, sin el peligro de que lo lleven al cadalso los españoles o lo asesinen los granadinos.

Reacción bolivariana: carta de Jamaica, monumento de Derecho Internacional; visión de conjunto continental; Panamá, centro de gravitación americana; empréstitos para defender la nación de donde ha sido expulsado; ausencia de odio y venganza contra los enemigos. Campaña de los tres años, la más intensa de la vida del Libertador.

Estímulo (Humillación) — Reacción (Magnanimidad).

2).—Ambiente de adversidad: paso de los Andes. Ejército inadecuado para la empresa. Indisciplina. Militares que se odian. Carencia absoluta de todo lo que un ejército de campaña necesita. Naturaleza inhóspita. Frío, caminos escarpados, invierno. Enemigo fuerte, potente, disciplinado y numeroso.

Reacción Bolivariana: Tenacidad.

Consecuencia: Triunfo. Boyacá.

3).—Ambiente de vencimiento físico, moral, social y militar. Pativilca. Enfermedad grave. Astenia, debilidad. Dolores. Desaliento moral. Reputación seriamente comprometida. Imposibilidad para salir de una grave situación con lucimiento. Anarquía del Perú por los partidos personalistas. Ejército peruano que se disolvía sin batirse ante el enemigo. Ejército de Chile que abandona el país. Ejército argentino que se entregaba con las fortalezas. Ejército colombiano sólo de 4.000 hom-

bres, hambreados, pobres, sin equipo y con un saldo de 3.000 muertos. Y enemigo con 22.000 soldados bien armados y mejor alimentados. Agricultura y mar en manos enemigas. Playas arenosas, estériles, en poder de un pelotón de patriotas enfermos, cuyo Jefe palúdico, reumático, agotado, calumniado, orinaba sangre.

Reacción lógica, desaliento: Regreso a Nueva Garnada y abandono a un pueblo de traidores y cobardes.

Reacción Bolivariana: Triunfar! Optimismo.

4).—Ambiente de desolación, ingratitude y abandono: Playa calurosa, tuberculosis, insomnio. Casa prestada por un chapetón. Médico extranjero. Tos. Calumnia. Patria que p̄de su despido de Nueva Granada. Bienes confiscados. Pobreza suma. Camisa prestada. Intentos de asesinato. Enemigos victoriosos.

Reacción lógica: Desengaño, abatimiento.

Reacción Bolivariana: Si cesan los partidos, bajaré tranquilo al sepulcro. Perdono a mis enemigos. Generosidad. Superioridad.



Inteligencia viva. Memoria privilegiada. Lealtad. Alegría. Franqueza. Genio agudo. Imaginación viva. Audacia sin limites. Generosidad. Magnanimidad. Tenacidad. Optimismo. Honradez.

Ha aquí los rasgos psíquicos y morales que alinderaban la personalidad de Don Simón Bolívar.

Antonio OSORIO ISAZA.

